



Al siguiente cambió el viento un poco, y fué preciso dar muchas viradas. Durante la noche se oyeron pasar multitud de aves.

El miércoles 10 iba la flotilla haciendo diez millas por hora, y se anduvieron cincuenta y nueve leguas en aquella singladura. Rapidez fué ésta que alarmó en gran manera las tripulaciones, que no viendo el término de su navegación, á pesar de la constancia de los vientos propicios, dijeron redondamente y en alta voz que los conducían á su perdición, negándose á ir más léjos, y pronunciándose en completa rebeldía. Vióse entonces Colon en el más grave peligro que haya podido correr jamas un almirante. Muchos escritores han repetido que en aquella hora, amenazado por los suyos, se vió en la necesidad de prometerles que, si en tres dias no se descubría la tierra, desandarían el camino, y debemos afirmar que tales aserciones carecen de fundamento.

El demasiado modesto laconismo de Colon en todo cuanto concierne á su persona y á la superioridad de sus aspiraciones, su olvido de las ofensas y su compasion por las debilidades humanas han sido causa de que omitiera los detalles de esta revuelta, hasta tal punto, que el grande hombre, á quien su exactitud llevó al extremo de escribir en su *Diario* los más insignificantes acaecimientos de á bordo, tales como el de una gaviota herida de una pedrada por un mozo en las vergas de la *Santa Maria* (1), ni se dignó mencionar las amenazas, el furor, los aceros levantados sobre su cabeza, contentándose con indicar ligera y como incidentalmente las intimaciones de los rebeldes, de tal manera, que sólo por ellos mismos se conoce la conjuración.

Que atentáran contra la vida y la autoridad de Colon no ofrece duda; pero que él, capitulando con su gente, la suplicára navegar tres dias más, parece increíble y absurdo al que ha estudiado el carácter de Colon. Además no existe una prueba de esa pretendida transacción, y ni el hijo de Colon, ni Las Casas, ni Pedro Mártir, ni el cura de los Palacios, ni Ramusio, ni ninguno de los historiadores contemporáneos lo

(1) *Diario de Colon*, juéves 4 de Octubre de 1492.

menciona. Solamente Oviedo habla de la seguridad dada por Colon de que ántes de tres dias habria descubierto la tierra; mas no presenta este suceso con el colorido de una capitulación, á pesar de haberse hecho frecuentemente eco de sus detractores, porque, conociendo su firmeza, y convencido de las maravillas operadas por la Providencia en favor suyo, es el primero en dudar de sus propias palabras, como lo indican con bastante claridad (1).

No hubo ni pudo haber habido transacción alguna entre Cristóbal Colon y los revoltosos, ni más ni menos que entre el espíritu de Dios y el de los hombres. Pero como la rebelión fué todo lo más agresiva y violenta posible, dice el mismo Oviedo: «Los tres capitanes y todos los marineros, como estuvieran acordes en lo de volverse, conspiraron de nuevo para tirarlo al agua, fundándose en que los habia engañado.» Estas solas palabras, implicando la complicidad de los tres Pinzones, demuestran que el motin no fué hijo de un impulso espontáneo y casual. Hé aquí cómo sucedieron las cosas:

Martin Alonso Pinzon, sostenido hasta entonces por el recuerdo de su viaje á Roma, y la grande estimación en que tenia el saber de Colon, se contagió del espanto, cedió en su confianza y dejó de combatir los consejos del miedo, uniéndose á los descontentos con sus dos hermanos. Así que hubo anochecido, en el momento en que segun las órdenes del comandante debian las carabelas marchar juntas (2), la *Pinta* y la *Niña* abordaron á la *Santa Maria* por babor y estribor, y auxiliadas por la tripulación rebelde los Pinzones, seguidos de su gente, y todos armados, saltaron sobre la cubierta de la capitana, donde, furiosos y espada en mano, requirieron al comandante virase en redondo.

(1) Elegimos para este pasaje la cándida traducción de Juan Pouleur, ayuda de cámara de Francisco I. «Et il pourrait bien être que Colomb, voyant tous ceux que allaient avec lui délibérés de s'en retourner, aurait dit que si dans trois jours ils ne voyaient pas la terre, ils s'en retourneraient, s'assurant que Dieu la lui montrerait dans le terme qu'il leur donnait.» Oviedo y Valdes, *Histoire naturelle et générale des Indes*, libro II, cap. V, fol. 14.

(2) Las Casas, *Diario de Colon*, 7 de Octubre de 1492.



Sus mismos marineros, sus pilotos, los oficiales de la corona y hasta el sobrino de su mujer se unieron á los conjurados, dejándole solo contra todos. Sus argumentos, sus persuasiones, todo se habia apurado ya precedentemente, y no le quedaba en este aprieto ni el socorro de una nueva objeción, porque el miedo ni escucha ni razona. Y sin embargo, logró amansar la cólera, tranquilizar el pánico y someter á aquellas furias, á las cuales el instinto de la conservación impulsaba al crimen; y no tansólo no cedió á sus mandatos, sino que hasta se atrevió á prohibirles las protestas y las súplicas, diciéndoles con tono de autoridad, al terminar su amonestación: «Que por demas era quejarse, pues que él habia venido á las Indias y habia de proseguir hasta hallarlas, con ayuda de nuestro Señor» (1).

¿Cómo fué que esta exasperación de los espíritus, esta animosidad, acrecida por el indomable instinto de la conservación, se disipó repentinamente á presencia de un extranjero aislado y maldecido, cuyas órdenes no se obedecían, á cuyo grado y autoridad no se respetaba, y que invocaba en vano el nombre de los reyes? Hé aquí lo que ningun marino, lo que ningun filósofo, ni ningun hombre, áun el mismo Colon, podrian explicar humanamente. Así es que él no atribuyó este triunfo sobre los revoltosos, á quienes obligó á doblar la frente, sino á quien debia atribuirlo, pues reconoció que, cuando «sus marineros y toda su gente estaba resuelta de comun acuerdo á volverse, y se revolucionaba contra él, olvidándose de su deber hasta amenazarle, el Eterno Padre le dió fuerzas y valor contra todos» (2).

Esta tempestad, desencadenada con las sombras de la noche, se disipó ántes que ella.

Desde el alba el auxilio divino, que habia sostenido á Colon contra los criminales intentos engendrados por el miedo, manifestó su presencia. Á pesar de lo sereno de la atmósfera y de lo suave de la brisa embalsamada, se agitó

(1) Miércoles 10 de Octubre.

(2) «Los cuales todos á una voz estaban determinados de se volver, y alzarse, haciendo contra él protestaciones, y el eterno Dios le dió esfuerzo y valor contra todos.» Juéves 14 de Febrero.

el mar, y las anchas olas impelieron las carabelas con fuerzas no experimentadas hasta entonces. Viéronse paviotas en gran número; pasó rozando una caña verde por los costados de la *Santa Maria*, poco despues los marineros de la *Pinta* vieron tambien algunas cañas y un palo, y luégo otro, trabajado al parecer con hierro, una mazorca de hierba terrestre y una tablita. Tambien tuvo la *Niña* su hallazgo, que consistió en la rama de un árbol, cargada de frutas pequeñas y coloradas. Estas señales alimentaron la esperanza de los marinos por todo el dia, durante el cual fué la marcha excelente, pues se apuntaron veintisiete leguas.

Cuando el sol se apagó en la mar solitaria, el círculo entero del horizonte ofrecía á la vista su pura línea azul, y ningun vapor permitía sospechar siquiera la vecindad de la tierra; pero de repente, como por inspiración súbita, hizo Colon tomar el primer rumbo, mandando al timonel poner la caña al O.

Luégo, despues que las carabelas se acercaron y hubieron los marineros, segun la costumbre establecida á bordo, cantando la *Salve Regina*, reuniéndolos á todos, les dirigió una tierna alocución, en la cual les recordó los favores con que el Señor los habia colmado durante el viaje (1), dándoles sin interrupción tiempos bonancibles, y trayéndolos de esta suerte á latitudes tan temidas como las de la *mar Tenebrosa*, en que jamas habia penetrado ninguna vela. Se esforzó en elevar sus corazones al reconocimiento hácia el soberano Autor de tantos beneficios, y les anunció en seguida, que tocaban al término de sus inquietudes y esperanzas, diciéndoles que la tierra estaba cerca, aun cuando sus ojos no la vieran, y que aquella misma noche llegarían á la conclusión de su viaje. Dispuso que la pasáran en vela y en oración (2), porque sin duda ántes de amanecer divisarían alguna isla, y mandó á los pilotos de servicio hicieran acortar velas despues de las doce, prometiendo además de la pri-

(1) «Egli parlo a tutti in generale, raccontando la gratie che Nostro Signore haveva lor fatte.» Fernando Colon, *Historia del almirante*, cap. XXI.

(2) Herrera, *Hist. general*, etc., década I, lib. I cap. XII.



ma ofrecida por la reina, un jubon de terciopelo (1) al que primero señalára la tierra.

Hecho esto, se retiró á su cámara. ¿Qué pasaría entonces allí? Viéndose tan cerca de la realizacion de sus deseos, ¡cuán grande no debió ser el fervor de su plegaria! ¡Con cuánta ternura no daría gracias á su Divina Majestad por su constante proteccion!

A eso de las diez (2) subió Colon á la cubierta, y no bien hubo llegado, divisó á lo lejos una luz; pero al traves de la densa oscuridad no quiso afirmar por sí que fuera de tierra, y llamó á un oficial de la servidumbre del rey, Pedro Gutierrez, diciéndole mirase á su vez. Gutierrez reconoció que así era en efecto, y el comandante hizo venir entonces al comisario de marina Rodrigo Sanchez de Segovia; pero mientras llegó, desapareció en las tinieblas. Despues de un intervalo tornó á brillar una ó dos veces, y era como la llama de un hachon que subia y bajaba alternativamente, cuyo movimiento, sin importancia para el resto de los marineros, dió á conocer á Colon con exactitud la vecindad de la tierra.

Navegaba la escuadrilla perfectamente: á las doce, segun las órdenes del comandante, se acortaron las velas, y aunque parecia iban con lentitud, una fuerte corriente los impelia hácia el O.; y la *Pinta*, como buena andadora, se ha-

(1) Las Casas, dice, un jubon de seda, y Fernando Colon un jubon de terciopelo. Adoptamos de preferencia lo segundo, como más natural y verosímil.

(2) «Du hore avanti mezza notte.» Fernando Colon, *Historia del almirante*, cap. XXI.

bia adelantado mucho á sus compañeras. A bordo de cada buque la espera y la ansiedad eran unánimes, extremadas é indescriptibles, pues sus tripulantes, electrizados con la solemne afirmacion de su jefe, y sin dudar ya de sus palabras, no quisieron entregarse al sueño. Devoraban el espacio, buscando penetrar con su ávida mirada por las inciertas sombras, cuando de repente reluce un fognazo, y un estampido resuena á lo léjos: ¡Tierra! ¡Tierra! gritan con voz estridente los marineros, y el eco de tan mágica palabra se repite una y otra vez por aquellas soledades, hasta perderse confundido con el dulce murmullo de las olas. Juan Rodriguez Bermejo, de la *Pinta*, la habia visto. Señalaba el reloj de la *Santa Maria* las dos de la madrugada, cuando Cristóbal, al escuchar la detonacion, cayó de rodillas, y levantando al cielo las manos entonó lloroso el *Te Deum laudamus*, respondiendo en coro la regocijada gente á los acentos conmovidos de su caudillo. Sólo despues de cumplir con el deber religioso, se dió curso á la alegría que rebosaba en los pechos.

Por órden de Colon se amainaron las velas, no dejando más que la de trinquete, y se pusieron al paio para esperar el dia. La prudencia del comandante, que nada olvidaba, hizo pener la flotilla en estado de defensa, porque se ignoraba lo que el sol alumbraría. Se limpiaban las armas, se sacaban los uniformes de gala, los amigos y parientes se felicitaban, y la tripulacion en masa de la capitana se presentó á Colon para tributarle sus respetos y rendir homenaje á su ingenio.

## CAPÍTULO XIV.

La isla de San Salvador.—Santa María de la Concepcion.—Archipiélago de las Lucayas.—Isla Fernandina é Isabela.—Busca del oro.—La isla de Cuba.—Mar de Nuestra Señora.—Puerto Santo.—Amor de Colon á la naturaleza.—De la isla imaginaria de Babeque.—Descubierta de la Española, naufragio de la «Santa María,» hospitalidad del rey Guacanagari, y primer establecimiento de los europeos en las Antillas.

El viérnes 12 de Octubre de 1492, al romper el alba, se vió desprenderse de las sombras y destacarse, como si saliera de las aguas, una tierra floreciente, cuyos bosques, dorados con los primeros rayos del sol, exhalaban mil desconocidos perfumes, y seducian la vista con su risueña perspectiva. Avanzaron las carabelas reconociendo una isla de bastante extension y nada montañosa: espesas florestas cortaban el horizonte, y en sus claros relucia como un espejo el agua cristalina de un lago. Las ondulaciones del terreno, cubierto con vigorosa vegetacion, formaban, por decirlo así, como un marco de media caña salomónica á una playa espaciosa, hácia la cual se dirigieron.

No bien cayeron las anclas, que lleno de recogimiento, revestido de un manto escarlata, llevando en la diestra el estandarte de la expedicion, que ostentaba la imágen de Nuestro Señor Jesucristo, bajó Colon la escalera y entró en la chalupa, seguido de su estado mayor. A su vez los capitanes de la *Pinta* y de la *Niña*, con las banderas de la empresa, tomaron sitio en sus canoas, que en pocas remadas ganaron la orilla.

Colon, sin poder contener su entusiasmo, y

mudo de fecilidad, saltó el primero con ardor juvenil. La dicha reanimaba sus fuerzas, y apenas hubo pisado la nueva tierra, plantó en ella significativamente el estandarte de la cruz. No pudiendo contener su reconocimiento al Supremo Autor de la descubierta, se prosternó é inclinó tres veces consecutivas su frente al suelo, y besó (1), regándola con sus lágrimas, la playa desconocida á que lo condujo la bondad divina. Conmovidos como él, todos los que lo acompañaban, se arrodillaron á su ejemplo, y levantaron en el aire un Crucifixo (2), mientras Cristóbal, en la efusion de su gratitud, alzando las manos al cielo, halló en lo más íntimo de su corazon una plegaria admirable, cuyas primeras palabras ha recogido la historia... ¡Dios eterno y Todopoderoso! Bendito y alabado sea tu nombre en todas partes, y exaltada tu majestad que se ha dignado permitir que por mí, tu humilde siervo, se conozca é invoque

(1) «Inginocchiati baciono la terra tre volte piangendo di allegrezza.» Ramusio, *Delle navigationi é viaggi raccolte*, tomo III, foglio I.

(2) Robertson, *Historia de América*, t. I, l. II, página 120.